

Este cuento no es dulce, pero sí es navideño. El cuento puede ocurrir en cualquier sitio: Palestina, Siria, Iraq, Nigeria... Son muchos los cristianos perseguidos, ultrajados, asesinados. Ellos sí que no saben lo que es la libertad. Pero siempre hay gente buena, que por amor, hacen crecer la esperanza en sus vidas y son fieles testigos de la fe.

La Nochebuena de Minza y José

La cabaña de Minza estaba situada en un terreno maldito. Aquel horcajo profundo que, a distancia de un tiro de escopeta, formaban dos ríos, era uno de esos fosos ilustres del planeta que los hombres se disputaban durante siglos y siglos. Por eso la cabaña de Minza había sido sucesivamente de unos y de otros, de blancos y de rojos, en un angustioso vaivén y ataques y contraataques: y, en alguna ocasión, durante semanas, había sido “tierra de nadie”. Ni siquiera de Dios, según era de rabioso e infernal el cañoneo que agujereaba sus áridas y reseca cercanías.

“Minza: aquí no estás bien”. Esta era la frase corriente que con un tono maquinal, sin interés ni ternura, solían decirla los soldados de una y otra parte, al despedirse, tras de ser sus violentos y arrebatados huéspedes de unas horas. Pero Minza contestaba invariablemente: “¿Y dónde voy a estar mejor?”. La dictaba esa respuesta el mismo fatalismo, que ennegrecía sus ojos tristísimos. Se la dictaba también la seguridad confusa de que sólo allí, en su cabaña, podría algún día volver a encontrarla José: aquel José, hastial y rubio, al que tan bien sentaba su uniforme ceniza cuando el mismo día de sus bodas, se lo llevaron a la guerra. No sabía, con certeza, su paradero. Había oído noticias contradictorias: unos le decían que cayó prisionero; otros, que había desaparecido. Lo único cierto era que solo allí, podría encontrarla José. El mundo, según decían, era inmenso: con muchas casas y pueblos y caminos. José, por su parte, con su cara de arcángel y sus ojos azules, era lento y torpón. No sabría buscarla por ese mundo infinito.

*

Aquella noche los huéspedes de Minza era cuatro soldados de una patrulla cercana que allí se habían refugiado para escapar., durante una hora, del frío intenso y la ventisca de nieve. Allí estaban enracimados en torno a un fuegucillo de picón que Minza les había encendido, bebiendo, en ronda, el contenido de una cantimplora de metal. Hablaban lenguas y acentos varios. Eran hombres de distintos pueblos que probablemente no sabían del todo por qué estaban allí reunidos. En aquel momento el centro de cohesión era, por lo menos, la cantimplora, que se distribuían fraternalmente, y unas contarrñas trabajosas que, entre todos, estaban haciendo para saber en qué día vivían. En aquellas largas horas iguales de vela sobre las sábanas de la nieve se les había fugado el Tiempo. No sabían qué noche era aquella noche helada, igual a tantas otras. Peor, al fin, el más letrado de todos, que era teniente médico, contando por los dedos a partir de

su último permiso, pudo llegar a una conclusión segura. Aquella era la Nochebuena.

- ¡La Nochebuena!...

La dulce palabra brotaba como un hilillo de miel de los labios exangües de Minza, que escuchaba, hecha un ovillo, en un rincón. La luz anaranjada de la candela, más la llamita de un candilillo, que moqueaba aceite verde sobre un plato, hacían, entre sombras y temblores, más misteriosa su ruina de hermosura. Tenía una infinita expresión de dolor y de derrota. Todo lo florido -belleza, juventud- se vislumbraba en ella todavía lo suficiente para hacer más catastróficas sus canas prematuras, su palidez, se demacración. Había sobre ella una gran pena, que quería disfrazarse de vejez. Pero no lo lograba. La juventud seguía tercamente agarrada a la luz de sus ojos y al sereno despejo de su frente.

El teniente médico creyó oportuno aprovechar aquel descubrimiento de que aquella era la Nochebuena para animar los tragos con un buen cuento gracioso. El Señor mandaba cada año a su Ángel, en la noche de su aniversario, para que les cantase aquello de “paz a los hombres de buena voluntad”. Aquel año el Ángel había salido del Cielo con su cantarillo bien aprendido. Había volado leguas y leguas sobre nieve agujereada de metralla, sin encontrar un árbol donde posarse. Su vuelo había tenido que esquivar a cada instante, con guiños y sesgos, obuses y aviones. Había ido, entonces, en busca de los Reyes, pero no los había encontrado en sus tronos. En busca de los Magos; pero, convertidos en químicos racionalistas, los había hallado elaborando explosivos. En busca de los pastores; pero estaban movilizados en al tropa. Hasta que, al fin, se había vuelto al Cielo sin encontrar un hombre de buena voluntad a quien anunciarle la Paz. Reían todos, entre tragos de alcohol. Este era, a modo de villancico, el epigrama de aquella Navidad.

Pero les interrumpió un sollozo que, al querer ahogarse, sonaba como un velo desgarrado. La palidez de Minza se había hecho más intensa; y el óvalo de su cara, más alargado que nunca, parecía una copa de cristal de la que desbordara el fuego de sus ojos. Tenía una expresión de ofrenda resignada y había doblado sobre su cuerpo las dos caídas de su larga toquilla de mediopaño para disimular el temblor que la invadía.

No habían venido ellos para que les amargaran con sollozos su media hora de libertad y sus sorbos de la cantimplora. Además era ya tiempo de volver. Se levantaron para despedirse. Chispeaban ahora sus ojos con una nada de alegría. Minza se levantó también con dificultad y fue hasta al puerta con un andar lento y bovino, como una res que atravesara un arroyo enfangado. Salía el último el teniente., y Minza le puso la mano en al manga de la guerrera.

- Usted es médico... ¿no?

El teniente la miró con dureza, viendo que nada más decía.
La interpeló:

- Aligera...¿Quieres algo?

Vaciló Minza un momento, y, al fin, contestó suavemente:

- Nada.

Cerró el teniente la puerta. Minza volvió a ovillarse en su rincón. Su bulto, empequeñecido y tembloroso, se divisaba apenas junto al borriquillo inmóvil, atado a su pesebre. Desde que había sabido que era la Nochebuena, se le subía como entrado por el aquel calor de establo que la rodeaba. Era la noche del Nacimiento de Cristo, que trajo al mundo el perdón y la paz. ¡Necesitaba ella tanto la paz sobre aquel dolor, que empezaba a desgarrar sus entrañas! El perdón, no. Ella no había tenido la culpa. Ella no recordaba sino aquel golpe en la frente -en su frente ancha de niña sin malos pensamientos- que la había derribado sinsentido. Había sido una de las veces en que aquel pedazo de tierra dolorosa fue de “los otros”: de unos hombres sin Cristo, llenos de deseos porque nadie les enseñó a tener altas esperanzas. Fue una noche de ventolera y nieve, como ésta. Se abrió, de pronto, la puerta...

*

Y Minza vio que también aquel instante acababa de abrirse la puerta. Había amainado un poco la ventisca, y una limosna de luna, escurrida entre dos nubes, se espejaba sobre la nieve. La puerta se había abierto sobre una lámina de plata, en al que se recortaba la figura de un mocetón, al que ni la joroba de la mochila conseguía arrebatarse el garbo y al esbeltez. Venía de uniforme; pero en vez de un arma traía en la mano una flor.

- ¡José!

La voz débil de Minza se ahogó sobre la mejilla de él, que se había arrodillado a su vera. Sus ojos azules parecían ahora más pacíficos, orlados por aquella barba que antes son tenía, y a la que unas hebras blancas daban sobre el rubio un color mortecino de rescoldo. Tuvo un instante sobre su barba húmeda la mejilla de ella, colgante, como un paño de seda, sobre el pómulo.

- ¿Por qué no te levantaste para abrazarme, Minza?

- Porque no puedo.

No se detuvo en más prólogo ni complicó más el tono.

Tras esas tres palabras, Minza, con la sencillez de un arroyo que corre, volvió a tomar la historia de donde la dejó, en su recuerdo, cuando se abrió la puerta. Entro aquel hombre enemigo, desesperado e irresistible como el viento. Forcejeó con ella y la derribó. Al caer se golpeó la frente con el tinaco donde lavaba la ropa. No supo nada más. Luego el dolor le reveló todo el misterio de la vida. Iba a ser madre. Su angustia fue todo lo contrario de al desesperación: porque estaba obsesionadamente, y, a su pesar, transida de esperanza. Y ahora llegaba la nueva vida y llegaba él, José, todo junto.

Y le habían dicho que aquella era la Nochebuena.

*

José, con su mirada celeste como una fuente, no la contestó en el primer momento. Se puso a contar con sencillez y lentitud su propia historia. Una noche había caído herido en un puesto de avanzada. Sobre la hierba había mojado dos dedos de su propia sangre y se había santiguado con ella. Era sangre vertida por el Cristo de la Nochebuena. Luego habían llegado unos hombres enemigos, que le habían arrastrado sobre la tierra. También él había perdido el sentido: se había despertado, primero, en un hospital; luego, en un campo de prisioneros, entre unos hombres enseñados a odiar, que no conocían la Nochebuena. Y su dolor, entre ellos, tampoco había sido desesperado: también había estado transido de esperanzas. Porque conocía que aquella sangre suya donde mojó los dedos no valdría nada si no era dada, como la de Cristo, por amor. Su cuerpo, arrastrado sobre líneas y fronteras de una a otra tierra enemiga, se había llenado de la grávida certeza de que de todo aquello tenía que nacer algo tremendamente nuevo y grande. El mismo, cuando había logrado evadirse, llevaba en sí al certeza de algo nuevo y maduro de amor que el iba a nacer en el alma... Y ahora comprendía que lo que iba a nacer era un hijo.

- ¿Tuyo, José?

- Sí, mío, Minza. ¡Mío ante todos los hombres!

Sobre las canas prematuras de Minza cayó una lluvia de besos. Las tablas de la cabaña subrayaron sus rendijas con unas franjas de oro. Serían unos soldados que habían encendido una candela por allí cerca. Al son angélico de una guitarrilla cantaba una voz joven: “Gloria a Dios en las alturas y en la tierra Paz a los hombres de buena voluntad”.

Había ya amanecido, cuando Minza envolvía en unos lienzos, calentados sobre el rescoldo de la noche, una carne nueva, amoratada de frío, que llevaba en sí dos sangres enemigas y un beso de paz y perdón.

Y como no tenían otra cuna, una vez que tuvieron al hijo envuelto en pañales, Minza y José lo colocaron sobre el pesebre.

José M^a Pemán, O.C. III, 396-401.

